

sulfide de sus pensamientos ó á las que juzga amiguitas suyas, y de las otras señoritas nunca *recuerda los nombres*. ¿Para qué, verdad?

Apesar de que la lista de las que usted enumera es grande,—la tercera parte, poco más ó menos, del número de epítetos que las dispara á quemarropa,—ha olvidado usted á algunas niñas estimables y graciosas, que están resentidas. Y es natural: las mujeres nos perdonan que las hagamos sufrir, que las engañemos, que las traicionemos; pero nunca, nunca, querido doctor Fonseca, le perdonarían á usted que les dijera: «Señorita, usted está *destruída*»; ó que yo no las advirtiera en un baile, ó que me acercara á ellas con la corbata mal anudada, y sin una sonrisa en los labios, mientas deshojo á sus plantas las flores perfumadas de la Galantería...

Voilà tout.

Paul Sibby

Pro Prensa

HACE pocos días un periodista y el administrador tipográfico de uno de los diarios de esta capital—aquel que con más tesón y entusiasmo ha acuerpado la campaña que para civilizar y hacer feliz á nuestra Patria Centroamericana emprenden los nobles conquistadores del Dollar—se dispararon mutuamente en una calle central más de doce tiros de revólver, y el primero cayó herido en el costado.

Los antecedentes de este choque trágico que parece la encrucijada de una opereta italiana, son de todos bien conocidos. Sin embargo, nosotros, sabedores de ciertos detalles que el público ignora, hemos querido hacer un poco más de luz en este asunto de actualidad.

Algunos, muy pocos, saben que el heridor es un pobre diablo que en su vida jamás ha escrito una sola gacetilla, y que tiene en su *caro fratello* su Ninfa Egeria y su director espiritual... Es la mampara detrás de la cual hace aquel sus excelentes combinaciones políticas tan patrióticas.

Cuando el ofendido pidió una explicación, era natural que no la diera el único que podía hacerlo. Fué entonces cuando el otro les lanzó á ambos aquella palabra con que Delacroix azotaba el rostro á los difamadores de Rubens:—*cunucos!*

Hoy, el menorcito puede tranquilamente lavarse las manos, pues que supo sacar el áscua por mano ajena. Ello es muy hidalgo y muy generoso, sobre todo cuando se trata de un sér querido...

Nosotros, muchachos de corazón, no pedimos como Emilio Zola un sitio en la Plaza de la Grève para todos los canallas... Nó, nos contentamos en nuestra timidez con hacer votos para que nuestra Ley de Prensa no tenga más que *un artículo único*:

«*Todo periodista debe ser caballero*».

Camilo Cruz Santos